

“DIÁLOGO SOBRE EL DIÁLOGO”

El grupo “Marcos Escudero” celebró su Diálogo al Café número 250. Uno de los participantes al evento sostuvo que en un país donde disentir suele confundirse con confrontar, donde opinar puede escalar a la descalificación —o incluso al silenciamiento—, sostener un espacio de diálogo durante seis años no es un detalle menor. Es, en sí mismo, una toma de posición.

Doscientas cincuenta sesiones después, lo que empezó como un ejercicio casi íntimo de reflexión parece haberse convertido en una evidencia concreta de que en Bolivia todavía es posible pensar en conjunto sin romper, debatir sin herir y cuestionar sin excluir. En un entorno donde el ruido domina y las certezas se gritan, este tipo de espacios intenta aportar contenido al debate, promoviendo una forma de convivencia que necesitamos volver a aprender.

Celebrar 250 reuniones es una invitación a mirar el valor del diálogo como herramienta pública y, sobre todo, como una práctica que no debemos perder.

EL VALOR PÚBLICO DEL DIÁLOGO SOSTENIDO

Muchos espacios de análisis nacen y mueren con la coyuntura. Responden al evento del momento, se consumen rápido y desaparecen. Lo excepcional aquí no es solo el contenido, sino la continuidad.

Durante más de 250 sesiones, porque hubieran varias más que fueron presenciales y no se grabaron, se ha acumulado una lectura constructiva del país. Las opiniones aisladas de un evento se van corrigiendo, ampliando y profundizando con los que le siguen. Ese proceso genera algo poco habitual: memoria intelectual en tiempo real. Así, el valor de este tipo de espacios no radica únicamente en lo que se dice en cada sesión, sino en la capacidad de contrastar visiones de manera sistemática, convocar voces informadas y, sobre todo, darle contexto a una realidad que muchas veces se presenta fragmentada.

En un ecosistema público saturado de reacciones, el diálogo sostenido introduce algo que es más exigente: interpretación. Y esa diferencia es la que tiende a hacerlo valioso.

DIÁLOGO COMO PRÁCTICA DEMOCRÁTICA

En Bolivia, el problema no es la falta de opinión. Es la dificultad para convivir con ella. La polarización ha promovido una lógica donde disentir implica confrontar, y donde el intercambio de ideas rápidamente se convierte en un ejercicio de descalificación. A esto se suma una dinámica digital que privilegia la inmediatez sobre la reflexión, el impacto sobre el contenido. Frente a ese contexto, el diálogo —real, informado, abierto— se convierte en una práctica contracultura, como lo resaltó uno de los participantes más frecuentes.

Aquí, el valor no está en evitar el desacuerdo, sino en hacerlo posible sin que se rompa el espacio común. Se trata de algo más exigente que coincidir, es escuchar argumentos que incomodan, sostener posiciones con evidencia y reconocer que ninguna visión agota la realidad.

Ese ejercicio, repetido durante años, demuestra que es posible construir espacios donde se puede diferir sin herir, opinar sin excluir y debatir sin cancelar.

En una sociedad democrática, eso no debería ser excepcional. Lamentablemente, hoy lo es. Y por eso mismo, debe ser defendido y multiplicado.

UN ACERVO QUE EMPIEZA A PROYECTARSE

A lo largo de estas sesiones, no solo se ha conversado. Se ha archivado una memoria. Videos, resúmenes escritos y podcasts que se generan a partir del diálogo son distintas capas de contenido que permiten que el encuentro de un viernes no se pierda sino que permanezca, se consulte y se reutilice. Ese proceso —sigiloso y persistente— ha ido transformando esta serie de encuentros en algo que puede ser un repositorio de conocimiento público.

Y es ahí donde aparecería una dimensión adicional. Hoy, nuevas generaciones ya participan activamente en la vida política, económica y social del país. No son una promesa futura; son parte del presente que está tomando decisiones. En ese contexto, el valor de este acervo no está solo en su profundidad, sino en la posibilidad de circular, conectar y ser utilizado.

El desafío, entonces, no es cambiar lo que se ha construido, sino asegurar que llegue más lejos: que sea leído, escuchado y apropiado por quienes hoy están redefiniendo el rumbo del país, muchas veces sin acceso a este tipo de espacios o herramientas. No es una cuestión de renovación interna. Es una cuestión de alcance real.

CONSIDERACIONES FINALES

Doscientas cincuenta sesiones después, hay algo que ya no está en discusión: el proceso funciona. Se ha logrado convocar a más de 450 especialistas que ofrecieron perspectivas diversas, que fueron capaces de sostener elevados estándares de calidad en el intercambio, permitiendo transformar cada diálogo en contenido accesible, ordenado y útil.

El ciclo no termina en la conversación del viernes. Continúa en el resumen que se puede leer, primero en Brújula Digital y luego en la página web, en el podcast que se puede escuchar en minutos, en el video catalogado que se puede revisar. Se ha perfeccionado, paso a paso, una forma de producir y distribuir conocimiento que antes simplemente no existía.

Ese es el logro de los primeros 250 diálogos. Los siguientes 250 plantean una pregunta distinta. Ya no se trata solo de seguir dialogando —eso está resuelto—, sino de definir cómo este conocimiento se transfiere, se adopta y se proyecta hacia quienes van a sostener y transformar el país en las próximas décadas.

Si el primer tramo construyó el espacio, el segundo debe asegurar su trascendencia. Porque, al final, el valor del diálogo no está solo en lo que produce en el presente, sino en lo que permite construir hacia adelante.